

reseñas

**Medina, Medófilo. *El elegido presidente Chávez*.
Ediciones Aurora, Bogotá, 2001, 235 págs.**

El historiador Medófilo Medina discrepa, en su último libro, de quienes califican al presidente venezolano Hugo Chávez de populista. Ni siquiera se conforma con la denominación de neopopulista. Por supuesto, se trata de categorías de análisis inextricables para la comprensión inclusive de los reconocidos líderes y gobiernos populistas. Mucho más ahora que el término populismo ha sido envilecido por los medios y por los adoradores de la economía de mercado, como lo afirma el mismo autor. Tildar a alguien de populista hoy día es atribuirle características de político irresponsable y poner una neblina de denuos para ocultar su esencia política real.

Movimientos y líderes populistas no solamente cubrieron gran parte de la historia tercermundista del siglo XX sino que también les correspondió afrontar y resolver trascendentales e inevitables problemas sociales de su tiempo. Identificado con la redistribución de la riqueza, el populismo prevee, en ese esquema, una considerable acumulación de ella. Así, el gobernante investido de populista podrá distribuirla a diestra y siniestra. Llegado al poder en una época de vacas flacas, Chávez no sería un mandatario populista. La razón para no identificarlo como tal obedece, entonces, a la puesta en marcha de una política macroeconómica muy lejana a la estatista a ultranza impulsada por los gobiernos populistas. Medina demuestra cómo el gobierno de Chávez

facilitó la profundización de las propuestas de soluciones sociales produciendo bien una revolución social radical o una salida militar para impedir reformas sociales más avanzadas. Cualquiera que haya sido su dirección social, desarrolló la infraestructura de las economías locales para competir con las grandes potencias a un nivel más digno. Intervino en pro de una democratización de la sociedad; permitió al pueblo una mayor participación en el sistema político, en sus instituciones y le dio a la cultura popular un respaldo inédito hasta entonces.

La maduración de una cultura política popular y nacional tuvo en el populismo su impulsor y defensor. Con mayor razón si estuvo en el poder de manera directa. En países como Venezuela, el populismo se expresó en el gobierno reformista de Rómulo Betancourt. Si bien es cierto fue su vertiente menos popular y la más ligada a intereses de la alta burguesía, su reformismo, nacido y comprometido en una lucha antidictatorial con amplia participación popular y expresada en diversas corrientes políticas, se vio obligado, no obstante su anticomunismo, a tener en cuenta la incorporación de sectores populares en la administración pública. El Pacto de *Punto Fijo* (1958) que dio origen a la Venezuela moderna constituyó el establecimiento de un sistema político más democrático, más amplio, más dinámico, más capaz de incorporar a los venezolanos a la sociedad que el Frente Nacional surgido en Colombia a raíz de la caída del general Rojas Pinilla. La mayor expresión de lo anterior es la configuración en Venezuela de un Estado nacional fuerte, con clase media sólida, con pequeñas burguesías sostenibles.

Aunque en el trabajo de Medina el chavismo constituye un fenómeno distinto del controvertido populismo, es de aquí de donde parte su fabricación. El populismo tiene que ver con un estilo particular de autoconfiguración. Es decir, constituye un estilo, un perfil, una manera de llegar a la gente y ante todo una forma de legitimarse. En esta acepción, Hugo Chávez pertenece al tipo de líder que recurre al pueblo como única posibilidad de acceder al poder político. El mismo Medina en alguna parte compara su comporta-

ha sorteado todas las crisis de orden económico sin regresar al *pasado cepalista*: «Si Chávez hubiese sucumbido a la tentación populista de producir una inopinada redistribución del ingreso, posiblemente habría dado lugar al espejismo de una reactivación momentánea. Por ese camino habría sacrificado el establecimiento de una base más firme para una recuperación económica de más largo aliento, acompañada de una política de privatizaciones (sectores eléctrico y de aluminio) y delimitación del gasto. La puesta en marcha del Fondo de Estabilización Macroeconómica; el despliegue de una política monetaria de corte restrictivo, instrumentada mediante un programa con metas de inflación anunciadas y explícitas, y la evolución del tipo de cambio, han sido los factores que otorgan a la política económica de Chávez un carácter más ortodoxo» (p. 151).

Empero, el populismo no es sólo economía como parece deducirse del texto de Medófilo Medina. El mayor reconocimiento a los gobiernos populistas en América latina fue la incorporación de amplios sectores populares tanto a la sociedad como al interior mismo de sus sistemas políticos. El populismo tuvo el mérito de haber trastocado la estructura social de los países latinoamericanos, de haber modificado, en grados distintos, el orden oligárquico imperante hasta entonces. Le correspondió al populismo, con niveles de radicalidad diversos, impulsar la revolución burguesa aplazada desde los tiempos de las guerras de independencia. Lógicamente, el desarrollo de las sociedades locales, con la irrupción de las masas en forma intempestiva desde los comienzos del siglo XX, no permitiría la implementación de un orden burgués sin la participación de las masas en su ordenamiento. El mismo avance de las ideas, la educación de un número mayor de gente no precisamente de las altas esferas impregnaría al populismo de un carácter de reformador social con esencia particularmente popular. Sin tratarse de un movimiento homogéneo, el populismo, donde las condiciones se lo permitieron, y sobre todo, donde hubo líderes con agallas reformistas, generó corrientes de izquierda, de derecha y de centro. O como se decía antiguamente, radicalizó la lucha de clases. Donde estuvo en el poder

Colombia. O por lo menos, concluye uno, que se trata de una democracia más real y menos formal que la colombiana. El estudio comparativo de la evolución de los sistemas políticos de ambos países le permite al autor acercarse a la comprensión de un Chávez, más que populista, popular y demócrata. La comparación le produce al lector la impresión de un mejor proceso histórico presente para los venezolanos que el que se desenvuelve en Colombia. En otras palabras, sería preferible el proceso que vive hoy Venezuela que el que padecemos los colombianos. Los vecinos cuentan con un líder que les ofrece la oportunidad de identificarse con un proyecto nacional y sobre todo con propuestas de desarrollo alternativas en un mundo unipolar y sometido a poderosos dictámenes de afuera: «La mayoría de los tecnócratas que trazan las políticas económicas en ese tipo de países opta por seguir de manera obediente los esquemas altamente normativos del FMI y el Banco Mundial. Esas pautas suelen adecuarse bien a los intereses económicos y sociales de las oligarquías financieras y demás grupos monopolistas, que miran con satisfacción las tendencias a la mayor concentración de los ingresos y se olvidan del simultáneo incremento de los índices de pobreza» (p. 150).

El método de la comparación, histórico por excelencia, escogido por Medina para su investigación, está acompañado de una excelente prosa, abundante en metáforas, metonimias, proverbios, paradojas y parábolas. En su fluida narrativa, autores de la sociología contemporánea, de la literatura universal y de la ciencia política acompañan las argumentaciones. Con un profundo conocimiento de los comportamientos políticos de los colombianos de arriba y de abajo, el autor incursiona en una empresa no fácil: la comparación de dos modelos de sociedades con un mismo origen pero con una evolución distinta de sus sistemas políticos. Son muchos los obstáculos. Aunque el autor es consciente de los prejuicios históricos en Colombia para comprender no sólo a Chávez sino a Venezuela en general, entiende la pertinencia de su osadía para el desarrollo de la historiografía política latinoamericana. Nosotros agregaríamos que en otro país su importancia estribaría en contribuir a la configuración

miento con el de Gaitán. Sin duda, Chávez emerge de la experiencia política de los demócratas latinoamericanos forjados en la puja ideológica entre populismo y comunismo que de ninguna manera fueron dos vertientes homogéneas sino agrupaciones de múltiples idearios expresados en las propuestas políticas de desarrollo que distinguieron a América latina en buena parte del siglo XX. En Chávez se advierten las influencias lo mismo de Torrijos que de Allende, de Velasco Alvarado en el Perú que de Juan José Torres en Bolivia. Justamente, los personajes que habían de por sí constituido la radicalización del populismo en el continente y que intervinieron en la escena política latinoamericana cuando Chávez promediaba los veinte años.

El modelo político salido del pacto de *Punto Fijo* empezó a cojear en la década de 1980 con la crisis que golpeó la totalidad de las economías latinoamericanas. A diferencia de otros países, Venezuela tenía reserva de recursos humanos dispuestos a sortear la situación. Al advenimiento de la crisis del sistema bipartidista, emergieron otras colectividades entre las que se destacaron unas fuerzas armadas no arrinconadas tan sólo a la represión como en el caso de Colombia. Fuerzas Armadas con posibilidades en su interior para la configuración de corrientes de pensamiento diversas. Así, el surgimiento del fenómeno Chávez fue posible, por paradójico que parezca, a la naturaleza del *ancien régime* que destronó el Comandante.

Es en este medio que se cocina el chavismo: el de una cultura política dinámica, entrenada para el cambio, para la renovación y la reinención, con instituciones del sistema político democratizadas, con clase media y pueblo acostumbrados a niveles de vida altos y dignos. No hubiera sido posible Hugo Chávez junto con su movimiento sin la democratización política construida en Venezuela después de la dictadura de Pérez Jiménez. El sistema político emergido de allí y desarrollado en las décadas de 1960 y 1970 permitió salidas a la crisis del establecimiento una década después.

De la lectura del libro de Medina se extrae la conclusión de que Venezuela es un país mucho más democrático que

**Paris, 1999,
282 pags.**

Sève es un conocido filósofo francés que ha escrito numerosas contribuciones a la investigación marxista. Milita en el movimiento de *Refundación Comunista*. Es miembro activo del Comité consultivo nacional de ética. Entre sus últimos libros se destacan: *Communisme, quel second souffle?*, Editions sociales, 1990, y *Pour une critique de la raison bioéthique*, Editions Odile Jacob, 1990.

Sève plantea desde el primer capítulo un debate político-teórico en torno a lo que denomina la «nueva ventana histórica» abierta a raíz del desplome del «socialismo real». Parte de la base de que lo que fracasó en la URSS no fue el comunismo -que «jamás estuvo, ni siquiera remotamente, en el orden del día de lo que debía realizar allá»- sino un «socialismo» reducido a una «desprivatización de los medios de producción y de cambio». Señala que la fuente ideológica de ese desastre se halla en la deformación staliniana de una tesis de la marxista *Crítica al programa de Gotha*, que consistió en convertir lo que en Marx eran *dos fases de una misma formación social* -«inferior y superior de la sociedad sin clases»- en dos sociedades distintas y, a la postre, separadas. Con esta mistificación ideológica, el comunismo se convirtió en un *ideal* para las calendas griegas, a diferencia del «socialismo» que era «lo realmente existente».

¿Qué hacer ahora?: «Revalorar el comunismo en su pleno sentido, a la vez objetivo práctico y visión teórica. Se trata de librar batallas inmediatas con un objetivo auténticamente comunista. ¿Acaso Marx no dijo que el comunismo es la superación del actual estado de cosas?» Ello supone, como es obvio, construir una *nueva estrategia comunista*, realista en sus objetivos inmediatos, y, a la vez, orientada a los grandes fines que le dan sentido. Una tal perspectiva solo es posible dentro de una «racionalidad de la historia». En efecto, para que podamos comprender el presente, y prever el futuro, presupuestos de una estrategia comunista, se requiere de una «lógica histórica». Queda, así, planteado el problema del *determinismo* marxista.

de algo parecido a una *estrategia nacional*.

Finalmente, Medina es entusiasta con lo hasta ahora logrado por Chávez y optimista por su futuro. Esto, sin duda, está a tono con el gusto ético y político del autor: el grado de independencia de Chávez frente a los dictados de quienes manejan el actual proceso de globalización sin tener en cuenta sus aspectos negativos; una repolitización de la sociedad venezolana; la permanencia y fortalecimiento de la democracia de ese país. Sin embargo, la experiencia histórica nos inhibe un poco para participar de ese entusiasmo y optimismo. Es posible que la riqueza petrolera venezolana permita su independencia y el fortalecimiento de un modelo de desarrollo económico, alternativo y fuerte. Ojalá no llegue el día, más temprano que tarde, en que asistamos atónitos a ver por los canales de la televisión la caída de un gobernante latino con el sol a sus espaldas, desprestigiado y agobiado por la corrupción o despreciado por los excesos del totalitarismo o, lo que es más común, derrocado con la siempre complice intervención de Estados Unidos. Ojalá no se repita en Venezuela la experiencia africana donde, hasta hace poco tiempo, el liderazgo de personalidades políticas semejantes a Chávez identificó a diversos gobiernos africanos que sucumbieron ante lo que el presidente Ghanés Kvame Nkrumah llamó *el neocolonialismo, fase superior del imperialismo*.

Con todo, el trabajo de Medina es una invitación para emprender nuevas investigaciones sobre el papel del populismo en América Latina. Con el método histórico que el autor ha empleado para meterse en el presente, con ese sentido realista y concreto del que hace gala, es muy posible que Vargas, Perón, Rojas Pinilla, Velasco Alvarado y Velasco Ibarra, entre tantos, merezcan una mejor comprensión y un objetivo reconocimiento.

César Augusto Ayala Diago
Profesor del Departamento de Historia
de la Universidad Nacional